

fuego: en primer término veíase un hombre recostado contra la chimenea apagada; más allá, una anciana sentada en un taburete; y por último, en el fondo, frente a la puerta, yacía en el suelo un bulto tapado con una raída cubierta. Oliverio se estremeció al mirar hacia aquel sitio, y estrechóse contra su amo, pues adivinaba que aquello era un ca-láver.

El hombre, pálido y flaco, tenía los ojos inyectados de sangre y la barba y el cabello grises; la mujer, con su rostro surcado por profundas arrugas, sus ojos pequeños, de mirada penetrante, y su boca con sólo dos dientes que sobresalían del labio inferior, tenía un aspecto casi repugnante. Oliverio experimentó cierto temor al ver a estos dos seres que le recordaban las ratas flacas de la calle.

—¡Nadie le tocará!—gritó el hombre al ver a Sowerberry acercarse.—¡Atrás, atrás les digo, si aprecian en algo su vida!

—Déjese usted de tonterías, buen hombre,—replicó Sowerberry, que estaba acostumbrado a ver la miseria en todas sus formas;—déjese usted de tonterías.

—Le repito—repuso el hombre, oprimiendo los puños y golpeando el suelo furiosamente con los pies—le repito que no quiero que se la entierre. Allí no podría dormir y los gusanos la martirizarían inútilmente por no encontrar alimento. ¡Estaba tan flaca!

Sowerberry, sin hacer aprecio de aquel hombre delirante, y sacando una cuerda del bolsillo, arrodillóse un momento junto al cadáver.

—¡Ah!—exclamó el hombre prorrumpiendo en sollozos y arrojándose a los pies de la pobre difunta—arrodíllaos todos al rededor de ella y escuchadme. Esta mujer ha muerto de hambre, sí, de hambre; hasta el momento en que se apoderó de ella la fiebre, no sabía yo que estuviese tan enferma; pero entonces, ya sus huesos atravesaban la piel; y como no teníamos fuego ni luz, ha muerto en las tinieblas, sí, en las tinieblas. No ha podido ver el rostro de sus hijos, pero

oíamos cómo los llamaba en los últimos momentos de su agonía. Fuí a la calle a pedir una limosna y me condujeron a la cárcel; cuando volví, ya estaba espirando, y mi corazón se oprimió al ver que la habían dejado morir de hambre. ¡Juro ante Dios, testigo de ello, que ha muerto de hambre!

Al pronunciar estas palabras, el hombre se mesó los cabellos, y profiriendo un grito terrible, revolcóse por el suelo, con la mirada extraviada y los labios cubiertos de espuma.

Atemorizados los niños, rompieron a llorar; pero la anciana que había permanecido inmóvil, sin hacer aprecio de lo que pasaba a su alrededor, los amenazó para que callaran; y desatando después la corbata del hombre que yacía en el suelo, adelantóse con paso vacilante hacia Sowerberry.

¡Era mi hija!—exclamó, fijando en el cadáver una mirada como la de una loca, tan espantosa casi como la misma muerte.—¡Dios mío, Dios mío! ¡Y pensar que yo, que le he dado el sér, estoy aquí, sana y buena; mientras que ella yace inanimada y fría en ese rincón! ¡Dios mío, me está pareciendo verdaderamente un sueño!

En tanto que la anciana murmuraba estas palabras con una espantosa sonrisa, Sowerberry se disponía a salir.

—¡Espere usted, espere usted!—dijo la mujer, esforzando su cascada voz.—¿Es el entierro mañana, pasado o esta tarde? Yo la he amortajado y debo acompañarla ¿no es verdad? Envíeme usted un buen pañuelo, un pañuelo que abrigue bien, porque hace mucho frío. También deberíamos tomar un bizcocho y un poco de vino antes de marchar; pero esto no importa; envíenos usted pan, nada más que un pedazo de pan y un vaso de agua. ¿Nos lo enviará usted, amigo mío?—preguntó la anciana con ansiedad, cogiéndose a la levita de Sowerberry, cuando éste abrió la puerta.

—Sí, sí—contestó el empresario—ya se le dará alguna cosa: todo lo que necesite.

Y desprendiéndose de manos de la